



BOLETÍN DE LA 40.^a BRIGADA

AÑO II. — NÚM. 9
11 DE FEBRERO DE 1937

Compañeros maestros en la 40.^a Brigada

Me dirijo a todos los camaradas que, dándose cuenta de los momentos en que vivimos, reconocen que, aun en contra de su voluntad, pesa sobre ellos la tristeza de no saber leer ni escribir, o de saberlo hacer sólo medianamente.

La Brigada cuenta ya con maestros inteligentes, que os esperan con cariño y agrado. Son compañeros nuestros. Son también hijos del pueblo, que ponen todo su empeño en extirpar la plaga del analfabetismo. No son de aquellos que dejaban sin lección a los hijos del trabajador para disponer de más tiempo que dedicar a los hijos del burgués adinerado y cacique. Estos compañeros nuestros han venido a nuestro lado para enseñar a quien lo necesite.

Muchos de vosotros diréis quizá: «Yo ya tengo muchos años, y la cabeza dura, torpes los dedos. ¿Qué podré aprender? ¡Si fuera más joven!...» No, camaradas; no debéis pensar así. La práctica todo lo puede. El primer día notaréis cómo vuestra mano tiembla sobre el papel, cómo os falta la soltura que admiráis en otros compañeros. Las letras se trabarán ante vuestra vista, y en algún momento os sentiréis descorazonados; pero si sois constantes, si ponéis interés por aprender, ya veréis cómo de día en día la mano obedece mejor, cómo hacéis las letras mas bonitas y perfeccionadas, cómo las vais conociendo mejor y comprendiendo el sentido de las palabras. Y entonces, cuando podáis gozar con la lectura de buenos libros, de la prensa, de las cartas familiares, ¡qué alegría!

Ya sabemos todos que vuestra ignorancia no merece reproche. Muchos de vosotros, a la edad en que otros muchachos más afortunados frecuentaban la escuela, habéis tenido que ayudar con vuestro trabajo al sostenimiento de la familia. Pero es deplorable todo esto, y hay que poner remedio al mal. ¡Que ninguno entre nosotros pase por el aprieto de estampar la huella de su dedo para firmar!

El analfabetismo y la ignorancia han servido de pedestal a nuestros amos y verdugos. Si no echáis en olvido estos párrafos y acudís al llamamiento que de corazón os hacen los camaradas maestros, el mundo admirará vuestra cultura, como hoy admira la valentía con que rechazáis los ataques del poderoso fascismo internacional y burláis el abandono en que nos han dejado nuestros falsos amigos. Y siendo cultos vosotros, lo serán mañana también todos los compañeros de las aldeas y ciudades españolas, a quienes podréis enseñar como a vosotros os enseñaron.

Gregorio PLAZA

De la 1.^a del 2.^o

Camaradas: Procurad salvar los escollos que encontréis en vuestro camino; ajustad vuestros actos a la realidad, no al capricho ni a la fantasía, y estad dispuestos siempre, observando una conducta razonable y prudente, pero enérgica a la vez, a ahogar todo germen de división.

Una vez más, unión

A todos los milicianos que lucháis en las trincheras y los parapetos, espíritus revolucionarios que sentís la causa, que sabéis por qué hay que luchar y por qué hay que vencer: Hoy como ayer, empujados por las circunstancias a empuñar las armas, nos incorporamos gustosos al Ejército regular de la República democrática española. Somos soldados de la revolución. Por nuestra libre decisión nos hallamos en las avanzadillas de la lucha contra el fascismo, dispuestos a vencer.

Con la disciplina y la organización que marcan las líneas de nuestros partidos, con nuestra moral y nuestras armas conseguiremos avanzar, arrollando decididamente al fascismo.

Los que luchamos en las trincheras sabemos muy bien lo que vale esta consigna. Somos trabajadores revolucionarios que convergemos en un mismo punto central. Las organizaciones revolucionarias a que nos honramos en pertenecer, y a las cuales hemos dado lo mejor de nuestras vidas, ofrecen al mundo el formidable ejemplo de su experiencia.

¡Venceremos al fascismo en toda la línea!

Con nuestra unión, con una gran central sindical, con un gran partido político, forjado en los momentos más duros, pero más felices, lucharemos y triunfaremos. ¡Salud!

Pedro RANGEL

Comisario del 3 Batallón.

Camarada Comisario...

Ya conocéis todos vosotros las esperanzas que desde el primero al último ciudadano de nuestra gran República tienen puestas en la labor de los Comisarios de guerra.

Grandes son nuestra voluntad y nuestro deseo de acierto. Constantemente estudiamos y contrastamos iniciativas propias y ajenas para aplicarlas o adaptarlas a la zona asignada a cada uno de nosotros. Día tras día buscamos vuestro contacto y de mil modos nos esforzamos en satisfacer vuestros menores deseos, en tanto sean compatibles con las circunstancias y con el interés general. Pero nada basta cuando se aspira a corresponder adecuadamente a vuestro heroísmo y a vuestro espíritu de sacrificio.

Necesitamos que nos ayudéis, que acumuléis vuestras iniciativas a las nuestras, que nos señaléis defectos y errores, reales o supuestos; que robustezcáis nuestro prestigio con vuestra colaboración.

Para ello abiertas tenéis las páginas de nuestro periódico. Enviadnos unas cuartillas exponiendo el concepto que os merece el trabajo del Comisario, el modo de mejorarlo o ampliarlo, cuáles son vuestros puntos de vista en cuanto a las múltiples facetas de la misión que el Gobierno de la República ha puesto en nuestras manos. Sed breves y concretos, sin divagar. Nos haréis (y os haréis vosotros mismos) un gran favor, y a la vez prestaréis un señalado servicio a la causa de la República, a quien interesa contar pronto con un Ejército perfecto. Os lo agradecerá de veras

EL COMISARIO

Por la cultura

Camaradas, compañeros queridos:

Me siento muy insignificante para dirigirme a vosotros, que sois los que, en realidad, defendéis nuestra causa en las trincheras, la causa del proletariado español; pero trataré de llegar a vosotros con estas palabras que me dicta el cariño que os tengo, y que es un ruego ferviente para conseguir veros a la altura de aquellos que, por haber nacido de padres ricos, han tenido una educación superior a la nuestra y que, sin embargo, son más torpes que nosotros, porque las privaciones no han agudizado su inteligencia.

Leed, estudiad constantemente; aprovechad vuestros ratos de descanso en las trincheras para aprender todo lo que antes nos estaba vedado, por no poder asistir a un colegio de pago, y así llegaremos a conseguir una cultura muy superior a la de ellos, ya que será a costa de sacrificios y no de dinero.

Compañeros, todo vestigio del antiguo ejército de la burguesía ha desaparecido. Se lucha y se trabaja incansablemente para que a vosotros, heroicos soldados del Ejército popular, lleguen las luces del progreso. Al igual que un pico y una pala al lado del fusil constituyen la consolidación de una victoria ganada, el libro ha de consolidar igualmente los cimientos de un porvenir en el que la cultura nos será a todos asequible.

Ni un solo analfabeto entre nosotros. ¡Guerra a la ignorancia! ¡Amad los libros! Que no haya ni un solo compañero en nuestra 40.^a Brigada que los desdén. Resultará más o menos duro, pero para aprender nunca es tarde... Le hemos demostrado al enemigo nuestro superior entusiasmo y coraje en la lucha. ¡Que no pueda superarnos en la cultura, camaradas!

¡Siempre adelante hacia el progreso! ¡Viva la República!

UNA CAMARADA

Del color de mi cristal

Con frecuencia oíamos decir en los calamitosos tiempos de la monarquía a personas que presumen de patriotas: «Mis antepasados fueron unos héroes. Mi escudo o blasón atestigua que lucharon contra la morisma y que no tenían que envidiar en valor ni a Guzmán el Bueno, ni a Agustina de Aragón, ni a Daoíz, ni a Velarde, ni al mismo Méndez Núñez.»

También nos enterábamos de que teníamos en nuestro suelo unas riquezas naturales enormes que nuestros antepasados no supieron explotar. Pero de lo que no nos hemos enterado todavía es de si esas personas que presumen de patriotas han hecho algo o han colaborado para engrandecer de alguna manera a su país. Porque para ser patriota — no patrioter — hay que mirar al porvenir.

Las glorias más o menos legendarias, la chispa de los hombres, el garbo de las mujeres, la riqueza más o menos relativa de los vinos jerezanos y otras riquezas naturales de nuestro suelo no son otra cosa que recuerdos agradables de nuestro pasado histórico; pero que no sirven para nada si nosotros no nos esforzamos en conservarlo.

No, no es la patria del pasado ni del presente, sino la patria del porvenir. No es la patria de los padres, como decía un filósofo, sino la patria de los hijos. La patria donde vimos la luz primera, la que tuvieron nuestros padres, la que guarda la ceniza de nuestros abuelos, debemos conservarla, mejorarla y transformarla con nuestro trabajo pausado y constante, si no queremos vernos borrados del mapa o ser la «cenicienta» de las demás naciones del mundo.

Recordemos, sí, los hechos gloriosos acaecidos y los que estamos viviendo; pero no nos durmamos en los laureles, estimados combatientes y camaradas, porque hemos de ser nosotros los que cambiaremos en España radicalmente hasta las costumbres y la administración de nuestro país.

¡Adelante, camaradas antifascistas! Os saluda el más humilde de los maestros de la 40.^a Brigada.

Casildo BUENDIA

LA TRINCHERA

Temas sanitarios

Evacuación de heridos

No solamente se componen los ejércitos modernos de combatientes con sus fusiles, ametralladoras, cañones, etc. Hay en ellos también otra clase de combatientes que, aunque no lleven esas armas, se sirven de otras para colaborar a la buena marcha y organización de un ejército moderno; estos combatientes constituyen el Cuerpo de Sanidad Militar.

Uno de los problemas acaso de los más importantes que hay que resolver en el ejército es el de la evacuación de heridos.

Antiguamente ¿cómo se evacuaban los heridos después de una batalla? De una manera deficiente, lenta, defecto el último de suma gravedad, pues de la rapidez de la evacuación de un herido depende muchas veces su vida.

Hoy, afortunadamente, con los medios que poseemos de tracción mecánica, el problema de la rapidez en la evacuación ha quedado resuelto.

En los primeros momentos de la sublevación fascista no existía un Ejército del pueblo (como el que actualmente ya existe); había todo un pueblo en armas, con un magnífico espíritu antifascista; pero sin organización militar, con escasos mandos, carente de una Sanidad Militar apropiada; en una palabra: huérfano de organización y disciplina. ¿Quién no recuerda haber visto por las calles de Madrid automóviles particulares transportando un herido, acompañado de cuatro o cinco compañeros, que con sus respectivos fusiles abandonaban su puesto en la línea de fuego? No era un baja, un combatiente herido, el que faltaba en la línea; eran cuatro o cinco bajas, eran él y sus acompañantes. Estos automóviles ya hace mucho tiempo que han desaparecido de las calles de Madrid.

Hoy podemos afirmar que la Sanidad Militar está magníficamente organizada y cumple a la perfección su humanitaria labor.

Todos los médicos de Batallón que hayan actuado en el campo habrán podido observar que uno de los problemas difíciles de resolver era el de la evacuación de heridos. Si hay medios de evacuación, no existe tal problema; pero cuando se carece de ellos o escasean, se hace angustioso para el médico.

LA TRINCHERA

Una de las mayores preocupaciones de los heridos es la siguiente: «¿Cuándo me evacúan, cuándo me llevarán a Madrid?» ¿Qué médico de Batallón no ha oído estas preguntas?

Cuando los medios de evacuación son escasos o deficientes, se inventan o se improvisan. Esto es lo que nosotros, los médicos, hemos tenido que hacer en muchas ocasiones.

Recuerdo a este propósito que en una de las posiciones que mandaba nuestro inteligente y heroico Teniente Coronel Ortega (Me refiero a Boadilla del Monte. ¿Recuerda usted, mi admirado Teniente Coronel?) tuvimos en cierta ocasión más de un centenar de bajas entre los varios Batallones que allí combatíamos, en cuestión de una hora, y que fueron bien atendidas y curadas en el puesto de socorro (¡qué magnífico palacio y qué capilla tan fría!). Solamente contábamos con una ambulancia de cuatro plazas de camilla y dos asientos. Allí se presentaba el problema de la evacuación rápida (había heridos de vientre y de otras lesiones graves, cuya salvación dependía de una rápida intervención quirúrgica). Entonces no hubo más remedio que improvisar ambulancias, aprovechando algunos camiones de transporte de municiones, acondicionados con colchones, e incluso varios coches particulares.

Ahora me admiro de cómo con aquellos deficientes y escasos medios de transporte, y en poco más de una hora, todos los heridos de aquel combate fueron evacuados a Madrid y llevados a los respectivos hospitales.

¡Aquéllos eran tiempos heroicos y de improvisación!

Hoy todo ha cambiado. Tenemos un magnífico Ejército popular, con sus jefes y oficiales, con una perfecta y magnífica disciplina, con el espíritu de auténticos soldados del pueblo en lucha contra el fascismo. Existe una Sanidad Militar nueva, creada y nacida de esta guerra. Nuestros Batallones tienen su médico, sus practicantes sanitarios, camilleros. La 40.^a Brigada cuenta, además, con servicios antivenéreos, odontológicos, enfermerías generales, estación de desinfección y ambulancias en los respectivos puestos de socorro para la evacuación rápida de los heridos.

De la nada, de aquellas masas sin organización militar, ha surgido este nuevo y poderoso Ejército popular.

J. P. ARANA

Capitán médico.

¡Adelante, camaradas!

Para concebir en todo su alcance la moral de nuestros bravos defensores basta visitar cualquier frente de combate de este Madrid invicto.

Breves momentos de charla con los camaradas que luchan en las trincheras, y a quienes de todo corazón nos esforzamos en secundar desde nuestros puestos de la retaguardia, son tiempo suficiente para poder apreciar su firmeza de pensamiento y la decisión con que acometen las más arriesgadas empresas.

Lo que ayer era un puñado de hombres entusiasmados, pero faltos de disciplina y organización, se va trocando hoy en un Ejército modelo, donde no se sabe qué admirar más, si el esfuerzo consagrado a dominar los impulsos individuales, la destreza puesta al servicio de las artes de la guerra o la voluntad con que se adaptan a las exigencias del conjunto. Del valor no hay que hablar. Es factor que existió siempre, y las dificultades de la guerra más bien lo han acrecentado.

Las unidades sueltas de Milicias populares son hoy potentes Brigadas, unidas entre sí y subordinadas estrechamente al Mando. Y la 40.^a Brigada, que defiende este frente de Madrid, no es ciertamente la que menos camino ha recorrido hacia la perfección.

¡Luchadores del Parque, defensores de Madrid, símbolo de libertad y admiración del mundo antiimperialista! Firmes en vuestros puestos, decididos a acatar sin incertidumbres las órdenes de vuestros jefes. Con unidad y disciplina, la victoria será nuestra dentro de un plazo breve.

¡Adelante, pues, por el triunfo definitivo de nuestra causa!

Fortunato SOLDADO

Oficinas del 3 Batallón.

Nuestra administración

Conformes todos en ayudar al Gobierno y a nuestra Junta delegada de Defensa y en aceptar todos los sacrificios de orden económico que se nos pidan. Los compañeros de las trincheras no opondrán ningún reparo a todo lo que signifique coadyuvar al triunfo de la causa antifascista. No son estos momentos de regatear unas pesetas de más o de menos. Se ventilan cuestiones más importantes para España, la República y los trabajadores.

Pero es necesario que los compañeros administrativos tengan la plena confianza de todos, que estén capacitados para cumplir su misión y que la desempeñen con la máxima escrupulosidad y lealtad. Debe cerrarse el paso al grupito de arribistas que en todos los tiempos saben colocarse en los mejores puestos, burlando la elección democrática y acudiendo al favor y a la amistad. Debe evitarse que lleguen a tales puestos elementos desmoralizadores, que con su torpe labor puedan provocar incidentes lamentables, impropios de nosotros.

No puede permitirse que individuos mal llamados compañeros figuren en las nóminas sólo por hacer el caldo gordo a los responsables. Para que esto no ocurra habremos de concertarnos todos, denunciando estos y otros casos intolerables por medio de nuestros Comisarios y Delegados, a fin de que puedan evitarse o corregirse, y aun sancionarse.

Ahora bien: todas nuestras peticiones y protestas deberán ir precedidas de un detenido estudio y una meditada discusión, para que puedan ser atendidas por quien tenga atribuciones para hacerlo. Así se evitará todo malestar, toda falta de satisfacción que pudiera minar el entusiasmo de cuantos hoy luchamos por el triunfo de nuestros ideales.

G. P.

Del 4.^o Batallón.

Camaradas: El soldado unas veces dispara y otras fortifica. De ambos modos se es útil.

¡Las Compañías de Acero!

¡Las Compañías de Acero cantando a la muerte van!
Su temple es duro y es fiero;
tienen el aire guerrero
y valiente el ademán.

¡Las Compañías de Acero son de acero,
y triunfarán!

¡En el crisol de ese acero se funden en un afán
el proletario, el obrero,
el arisco guerrillero
y el invicto capitán!

¡Las Compañías de Acero son de acero,
y triunfarán!

¡No traspasará ese acero, bien templado en un volcán,
ni la bala de mortero,
ni el cañonazo certero,
ni el disparo del ruñán!

¡Las Compañías de Acero son de acero,
y triunfarán!

¡Adelante, compañero!
¡Las Compañías de Acero el Poder conquistarán,

y harán que en el suelo ibero
tengan vivir placentero
los que no tuvieron pan!

¡Las Compañías de Acero son de acero,
y triunfarán!

¡Las Compañías de Acero cantando a la muerte van,
porque en su cantar guerrero dicen al mundo: «¡Si muero,
mis hijos se salvarán!»

¡Las Compañías de Acero son de acero,
y triunfarán!

¡Los de ayer «no pasarán»!

Luis DE TAPIA

¡Me parece que fué ayer!

Cuando el Primero de Mayo
salió de Carabanchel,
cantaba el himno de Riego.
¡Me parece que fué ayer!

Salieron todos los mozos.
Todos fueron a vencer;

ninguno retrocedía.
¡Me parece que fué ayer!

Todos cogieron las armas;
todos cantaban, ¿el qué?
Cantaban: «¡No tanto yugo!»
¡Me parece que fué ayer!

Fueron, con las manos limpias,
por armas para vencer;
todos salieron armados.
¡Me parece que fué ayer!

Cuando menos se esperaba,
se sublevaba un cuartel,
y el pueblo lo dominaba.
¡Me parece que fué ayer!

Este pueblo ya es famoso;
supo su sangre verter.
Su ideal lo merecía.
¡Me parece que fué ayer!

Algo inmortal tienes ya,
pueblo de Carabanchel:
los héroes que perdiste.
Por ellos, hay que vencer.

MENDOZA

Del 3 Batallón.

La guerra en cinco cursos

No es que pretendamos sustituir los complicados textos en que los militares profesionales beben a grandes sorbos la táctica y la estrategia. Nuestra pretensión es más modesta, y se reduce a concentrar y resumir en cinco breves pinceladas el cuadro representativo de la transformación de un ingenuo miliciano, en un experto soldado.

En verdad, estamos viendo tales cosas que llegamos a dudar de la eficacia de las empingorotadas Academias y de los prolivos programas de estudio. ¿Cuando se piensa en que unos pocos militares, tan leales como relegados a la obscuridad del anonimato, tienen a raya y aun dan lecciones a los soberbios príncipes de la milicia, «nacionales» y extranjeros, no es gran atrevimiento desacatar los viejos axiomas, según los cuales un general tiene siempre más razón que un coronel, éste que un capitán, y así sucesivamente. Y si no, que lo diga el Teniente Coronel Ortega, por ejemplo.

Vamos, pues, a exponer brevemente cómo puede dividirse en cinco cursos o fases el aprendizaje del arte bélico:

1.º El paciente ciudadano, que del escaso producto de su trabajo ha cedido al Estado una parte no chica para sostener un Ejército que le defiende contra la codicia o la soberbia del exterior, ve con sorpresa que la casta militar a quien él alimenta y sostiene vuelve en contra suya las armas que le fueron confiadas en depósito. Y como el ciudadano está inerme, o a lo más lleva un liviano bastoncillo, tiene que aprender, mal de su grado, a ceder terreno, en espera de mejores días.

2.º Detenido en su carrera por el aliento de unos pocos, pero buenos, amigos, cambia su pobre armamento por otro algo mejor, aunque inferior aún al del adversario, y se instala en las trincheras abiertas por sus hermanos, resuelto a no ceder un paso, pese a moros, legionarios y demás fauna.

3.º Ya cuenta con armas casi equivalentes a las enemigas. La permanencia en la trinchera le cansa. El «¡No pasarán!» se va quedando viejo. Prefiere el «¡Pasaremos!» Y con tesón salta los parapetos y se arroja contra la «ola negra»; pero todavía le supera el «otro» en malicia, y tiene que volver a los parapetos de donde salió.

4.º Perdiendo se aprende. No más retiradas. Hay que clavar donde quiera que se llegue. ¿Cómo? Fortificando. Este curso enseña a conjugar las armas con las herramientas del zapador y los sacos terreros.

5.º En esta fase nos encontramos. Orden abierto, despliegues, gimnasia. Hay que avanzar rápidamente, con más prisa que la desarrollada en el primer curso para correr en sentido inverso, hasta arrojar al fascio y sus compinches de cabeza al mar o hacerles repasar la frontera.

¿Os gusta el programa? Casi todo está hecho. Ya nos queda poco, y estamos mejor de ánimos que al principio. Un esfuerzo más para llegar a la meta, que es la libertad, la justicia y una paz bien ganada.

UN COMISARIO

Hemos aprendido mucho

Hace ya bastante tiempo, cuando llevábamos mes y medio de resistencia heroica en Madrid, decía en un artículo publicado en este mismo periódico: «¡Ni pasaron ni pasarán! ¡No podrán pasar nunca!»

El tiempo se ha encargado de corroborar aquella afirmación mía, y hoy, cuando van a cumplirse cuatro meses desde que los impotentes tentáculos del fascismo internacional pugnan por arrebatarnos Madrid, podemos no sólo repetir aquella consigna, sino gritar a esa manada de traidores: «Aquí tenéis Madrid, nuestro Madrid, incólume e inconquistable, a los cuatro meses de resistir vuestras embestidas sanguinarias y salvajes. No sólo no habéis avanzado un solo paso, sino que vais perdiendo palmo a palmo ese suelo que decís vuestro; ese suelo que se siente estremecido de rabia al sentir el contacto de vues-

tras plantas, y que únicamente nos pertenece a nosotros, a los verdaderos españoles, a los que con la frente alta podemos hablar de España y de amor a la Patria. Vosotros no podéis tener amor a nada que no sea conservar vuestros privilegios de casta dominante y explotadora de la clase proletaria. ¡No! No puede hablar de amor a España quien no le concede más importancia que un chulo a su ramera, con cuyo cuerpo comercia para satisfacer sus ambiciones.»

Durante este tiempo, bajo la experta dirección de nuestros queridos jefes, hemos aprendido mucho; y hoy, estos guías del pueblo laborioso contemplan con orgullo su obra y pueden ver cómo aquellos grupos de trabajadores entusiastas que en los primeros momentos supieron, a pecho descubierto, clavar la bandera roja de la libertad en las crestas de la sierra, acatan la disciplina proletaria, la disciplina que no se impone por el látigo y el terror, y se encuadran militarmente en las Brigadas para pasar a formar el Ejército regular del pueblo, el glorioso Ejército que tantas pruebas tiene dadas de su valor y abnegación, y que en breve plazo ha de demostrar al mundo entero cómo el proletariado español sabe castigar a los traidores a España y conservar su libertad, aunque para ello hayan caído y caigan aún nuestros mejores camaradas.

¡Viva el Ejército regular del pueblo!

¡Viva la 40.ª Brigada!

¡Viva su 3 Batallón, el Batallón Primero de Mayo!

F. R. V.

Del 3 Batallón.

Nuestro espíritu de lucha

Camaradas del 3 Batallón de la 40.ª Brigada, que lucháis en contra del fascismo en nuestro sector al mando de sus jefes y oficiales, y particularmente de nuestro glorioso Teniente Coronel Ortega: ¡Salud!

Inserto estas líneas en nuestro periódico para poner de parangón el espíritu de lucha, sacrificio y disciplina que en nuestro Batallón existe.

No pasa un momento sin que nosotros vayamos a las trincheras y veamos a nuestros queridos milicianos en su puesto y resueltos siempre a atacar al enemigo, que quiere arrancarnos nuestro Madrid, símbolo de lucha y sacrificio, y ejemplo a la vez del mundo entero.

Pero como nosotros, después de seis meses y medio de lucha, y por nuestra experiencia, hemos conseguido un Ejército regular del pueblo, con una disciplina férrea y segura, les gritamos que en este frente no tienen nada que hacer. Y la prueba es evidente: Se sabe que, en vista de su fracaso en el asedio de Madrid, Hitler y Mussolini movilizan en masa sus fuerzas mercenarias en los diferentes sectores; pero, desde aquí, yo os prometo que sufrirán el descalabro que han sufrido en todas partes, porque los camaradas milicianos de todo el Ejército del pueblo sabrán ponerse, como siempre, enfrente de los generales traidores, aunque traten de arrollarnos con sus máquinas de guerra más potentes y mortíferas, porque nosotros defendemos un ideal sano y puro.

Con nuestro empuje, esfuerzo y razón, que son muy poderosos, nuestros mandos y el Gobierno legalmente constituido nos llevarán a la victoria final, ya que al mismo tiempo defendemos la libertad de nuestros hijos y familiares.

Son razones, como veis, muy poderosas; los traidores no podrán oponérsenos, pues, sin esperar a que intenten dar un paso más, los arrollaremos hasta obligarles a arrojar las armas y hasta derramar la última gota de sangre en defensa de nuestra España, patria de los trabajadores.

Alejandro RODRIGUEZ

Del 3 Batallón.

GRÁFICA SOCIALISTA, San Bernardo, 82.